

mente superables, lo ha sido, a lo largo de toda su obra, una obra larga y hermosa, nuestra Concha Espina.

Son increíbles los equívocos que circulan como moneda corriente entre gentes y gentecillas de Letras. Uno de los más pobres y abundantes es el que estima que para ser auténtico novelista, no sólo sobra sino que daña, la gracia del estilo, el primor de la dicción y el fuego del entusiasmo lírico. Por citar sólo al supremo novelista, ¿habrán leído los que así sentencian a Cervantes? Justamente Concha Espina nos deja como testamento literario de urgencia un hermoso artículo que el mismo día de su entierro publica, en póstuma, pero aún caliente colaboración, uno de nuestros grandes diarios. Se titula «Palabras», y es una ardida defensa de la riqueza del vocabulario y del derecho y deber del gran escritor a ensanchar su léxico y a tomar posesión de tanto tesoro como se nos ofrece en la mina inagotable del legado patricio y rústico.

Pero este ejercicio del vocabulario y del noble estilo no es sino un aspecto de la vocación, del vuelo poético que todo gran novelista, todo prosista creador ha de anhelar incesante. Hay otras esencias de verdadera poesía que no son sólo las que duermen en el regazo del idioma. La fiebre maternal de la creación, la prodigiosa sensibilidad para ver y escuchar matices y latidos del corazón de la tierra y de los corazones humanos, la genial capacidad para penetrar en las almas, infundirles vida y envolver sus destinos en una órbita armoniosa y cerrada de gran composición, son otras virtudes y signos de la auténtica vida poética.

Por poseer todas esas cualidades en grado superlativo, es Concha Espina a

la par excelsa novelista y poetisa en la prosa de sus más inspirados libros, tales como *La Rosa de los Vientos*, *Dulce Nombre*, *Ruecas de Marfil* o *Un valle en el mar*, escrito este último, probablemente su novela maestra, después de los ochenta años. Pero además cualquiera de esos libros o de otros en los que se afronta aún más directa la amarga realidad de la vida, es testimonio valedero de almas y paisajes, documento de coloquios y luchas sorprendidos en la misma fluencia del existir. La autora de los capítulos sociales de *El Metal de los muertos*, o de los policíacos de *Las niñas desaparecidas*, es, además de un gran poeta en prosa bellísima, un magistral novelista de la realidad física y psicológica.

Muchas páginas de Concha Espina, de sus novelas y estampas en prosa, son otros tantos poemas líricos aislables. Pero ella no quiso renunciar nunca a su primeriza vocación de poetisa en verso y a lo largo de toda su vida, incluso en la hora postrera, con ese hermoso soneto que sólo hoy conocemos, ha escrito versos de encendida hermosura. Ella misma nos lo confiesa en el prologuillo a su última o penúltima cosecha. *La segunda Mies*: «... Muchos de mis amigos, tal vez los mejores, ignoran que yo haga versos y se sorprenden cuando traslucen, como algo insospechado, esta otra debilidad de mi vocación literaria.» Y añade: «Pero sucede que yo nací bajo un signo cándido y loco de la rima, y que rimé en la imaginación esos renglones incautos antes de saber escribirlos, es decir, desde el alba de mi estrella. Y no con precoces orgullos; sino con la dolorosa inquietud de un delirio que hiere y canta.» Por eso a ese último manojo de versos secretos